

El sentido del abismo. Sobre lo virtual y matérico

Debo admitir que cuando leí el texto *La libertad en el arte*, que antecede a este capítulo y por el cual se escriben estas líneas en forma de comentario crítico, pude apreciar las particularidades inquietudes que determinaban los pensamientos de Francisco Baños, así como los instantes históricos que condicionaron su preciso punto de inspiración. La dimensión social del artista, sus vicisitudes con el entorno a través de una práctica del entusiasmo, los talentos del espíritu y la libertad como instrumento, son parámetros con los que Baños nos aproxima a la pericia del arte y a la condición del artista.

Su propósito no es otro que superar los límites de una explicación centrada, únicamente, en términos de obra/autor, y articular una reflexión en torno a valores ontológicos, con todo lo que ello conlleva. La lectura que se propone desde esta perspectiva es ciertamente eficaz; por un lado, el artista desde su condición desempeña un papel comprometido con la práctica artística, su producción y recepción; por otro, en esa voluntad de actuación y compromiso, nos reclama un replanteamiento del sentido de su ser, del sentir del individuo y su contexto social más inmediato.

Conceptos como «originalidad», «autenticidad» o «presencia», tienen su campo de acción en aquel principio esencial de libertad que Baños nos relata. Su estrategia ha sido clara, ofrecer un básico análisis de la experiencia y actividad del artista como individuo. La mía, ahora, y en este escrito, consiste en ampliarla. Para ello trataré de explicar el concepto de libertad como un aspecto dentro del orden transcendental de la realidad del arte, o dicho de otro modo, lejos de la mundanidad y su particular orden socio-cultural. Quizás su expresión más genuina la

podamos encontrar en la globalización de las comunicaciones y la tecnología de las redes, pues en conjunto amplificarían su definición.

Primeramente, entendamos al artista como lo que realmente es: un ser situado en el mundo, pero como tal, condenado a evolucionar a través de dinámicas de actuación, retrato amalgamado entre el héroe y el miliciano, que procura productos, conductas y comportamientos cargados de intenciones. Considerémoslo autor de significados, pues se establece como «*sujeto constituidor del sentido*»¹, porque si por algo se caracteriza es por ser al tiempo voluble, indefinido, atento al propio devenir social, a través de juegos de acontecimientos. Representaría, en cualquier caso, el «*acaecer*»² de George Simmel, producto del hacer y del sentir libre de los sujetos que entran de manera furtiva en múltiples relaciones de continuidad/contigüidad. Reflejo especular de los individuos y su configuración con el entorno; planteando, constantemente, reflexiones acerca de su identidad como agente fronterizo y estableciendo interpretaciones causales del acontecer artístico y de su iconografía.

Baños, en su texto, nos habla de apreciaciones parecidas al considerar al artista como un claro ejemplo de libertad. Un individuo cuya inteligencia permite: «*una ajustada adecuación a cada problema particular y una posible valoración teórica de los hechos o fenómenos de conocimiento*». Y tiene razón. El arte, desde las vanguardias, ha sido un sistema eficaz de transgresión de modelos implícitos, de transformación global de la realidad en busca de alternativas a través de un

¹Conceptualmente, esta frase de Albrecht Wellmer se establece en los planteamientos sobre la crítica de la razón discursiva de pensadores como Theodor W. Adorno y Max Horkheimer. A este respecto, Wellmer propone que el pensamiento posmoderno debe aceptar la destrucción del sujeto como autor y juez final de sus intenciones de significado. Esta frase, constituye una manifestación aplicable al concepto de «libertad» que aquí se está tratando. Apud. PICÓ, José: *Modernidad y Postmodernidad*. Madrid: Alianza, 1988. Pp. 123. Y vid. WELLMER, Albrecht: *Sobre la dialéctica de la modernidad*

y *postmodernidad. La crítica de la razón después de Adorno*. Madrid: Visor, 1993.

²«Para Simmel, la realidad social no es ninguna substancia, sino un acaecer caracterizado por las relaciones entre los propios individuos». Vid. SIMMEL, George: *El individuo y la libertad*. Ensayos de crítica de la cultura. Barcelona: Península, 1986.